3 1761 09545736 2

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

Milton A. Buchanan
Univ of Chicago
1905-

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LS
0525r

HERMILIO OLÓRIZ.

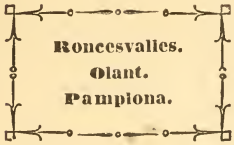
EL ROMANCERO DE NAVARRA

CON UN PRÓLOGO

DE

D. Manuel Valcárcel.

Al Sr D. Mariano Real
su testimonio de consideracion
y respeto
su affmo
El Autor



PAMPLONA.
IMPRENTA PROVINCIAL.
1876.

457256
4. 2. 47

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/elromancerodenav00olri

A la Excma. Diputacion Foral y Provincial, representante del noble pueblo de esta heróica provincia de Navarra, dedica el presente Romancero

El Autor.

Es propiedad del autor.

PRÓLOGO.

No se puede negar que estamos en una época de ilustracion y de progreso; libros de todo género y en infinito número ven la pública luz, y como es preciso que cada indivíduo ostente un título que alhague su vanidad, el que no halla los de filósofo y profundo político, no se descuida en buscar los de escritor y poeta.

Las prensas gimen para dar á luz miles de versos, y dentro de pocos años será España una Nacion de autores, ministros y generales; las musas se han declarado sin duda partidarias de la emancipacion de la mujer, y lanzándose á la calle, sino cecean á los transeuntes, ejercitan el precioso derecho individual de la filantropía, poniéndose al alcance de todos; por eso ya no es sino una cosa vulgar y diaria la aparicion de un poeta, y en la asoladora erupcion de génios que en variedad de metros amenaza ahogarnos, casi imposible le es al talento verdaderamente superior salir á flote en el espumoso mar de las medianías.

Terrible es, pues, el compromiso en que se halla el que se decide á presentar al público un nuevo y esforzado adalid literario, y más terrible aún si cree sin fingida modestia carecer de títulos para ello; por esta razon quizá no hubiera tomado sobre mis hombros tal empresa, si un sentimiento de rectitud no me hubiese inducido á aceptarla: el jóven poeta, autor de los romances en este libro coleccionados, me pedía mi cooperacion,

resistíame yo aconsejándole que buscase quien con más autoridad le ayudara, díjome no conocer persona en tales condiciones á quien recurrir, y entónces, no sólo me juzgué obligado á complacerle, sino que experimenté, lo confieso, una íntima satisfaccion, la que no podia ménos de producirme el considerar la honra que adquiere quien es el primero en alzar la voz para tributar una justísima alabanza.

Sí, lector amigo, alabanzas verdaderamente justas merece el autor de este libro tan pequeño de dimensiones como grande de inspiracion: propúsose cantar las glorias del suelo que le vió nacer, propúsose la composicion de un romancero navarro que no desmereciera del castellano, cuna y orígen de la literatura española, y lo ha conseguido tan por completo, que sus romances no sólo tienen el sabor y el interés de aquellos, sino que quizá les exceden en altura de concepcion, en sublimidad de estilo y en correccion de frase.

Tres son los asuntos que trata el Sr. Olóriz en este libro: Roncesvalles, Olant y Pamplona; estos tres asuntos están colocados siguiendo el órden cronológico, y han sido escritos en el mismo órden tambien, como se advierte desde luego por la mayor perfeccion á que sucesivamente van llegando; pero no es esto lo notable, lo pasmoso es que el Sr. Olóriz jamás habia escrito versos al poner la pluma para comenzar su Roncesvalles; entusiasta sí por la poesía, venía á mi casa y me suplicaba con el mayor interés que le leyera mis trabajos literarios consistentes casi siempre en obras dramáticas; pasábamos luego deliciosos ratos recorriendo las comedias del insigne Calderon ú ojeando ya las poesías de Góngora, ya el romancero castellano, y noté con cuanta predileccion miraba los romances, y cuanto deseaba poder llegar á escribirlos: animéle á hacerlo, mostróse dudoso, pues su modestia, en todo patente, le inducia á desconfiar del éxito, esforcéme en disipar sus dudas, le indiqué al propio tiempo todas las condiciones literarias que á mi juicio, formado en el estudio de los modelos citados, debian tener los romances, así como tambien lo difícil y peligroso de este género de composicion por lo ocasionado que es á sumir al poeta en la trivialidad

y en la pobreza de estilo, y mi entónces discípulo de ocasion escitado por las mismas vallas que intencionadamente le ponia, cogió la pluma é inauguró el Roncesvalles, diciendo:

En el erguido Altoviscar
en ese monte soberbio,
un sordo rumor se escucha
repetido por cien ecos.
En las ásperas vertientes
del Pirine gigantesco,
se vén gentes de combate,
guerreros y más guerreros.

Estos versos distaban mucho en verdad de ser sobresalientes, sin embargo llamaron mi atencion desde luego: pasó su autor á recitarme el segundo romance que comienza diciendo:

Con los brazos sobre el pecho
fija en tierra la mirada,
la amargura en el semblante
y en el corazon la rábia;
entre las dispersas ruinas
que ayer gigantes murallas
eran miedo del contrario,
el Rey D. Iñigo marcha.
La luna reina en el cielo,
el silencio en las montañas
y en el corazon de Arista,
el deseo de venganza.

Aquí ya encontré imágen, descripcion y forma; seguí escuchando las meditaciones del buen Rey Iñigo Arista; con interés verdadero llegué á las imprecaciones que le hace el poeta preguntándole:

Augusto Rey, qué te aqueja?
jamás suspiraste tanto
y son fuego tus suspiros,
y tus miradas son rayos.
Qué intenso dolor te aflige?
qué pesar te está agobiando
á tí el noble entre los nobles,
á tí el bravo entre los bravos?
. . . . . .

¡Rey Arista, Rey Arista
bajo Ibañeta hay contrarios,
peñascos sobre Ibañeta,
y la muerte en los peñascos!
. . . . . .

Mi interés se transformaba ya en entusiasmo, pero esto se tornó en asombro al oir la descripcion:

Desabrida está la noche,
cae á torrentes la lluvia,
todo es tinieblas, y el viento
desencadenado zumba.
Del oleage encrespado
el bosque imita la furia,
y en las cavernas del monte
el lobo aterrado ahulla.
Del rayo á la luz sangrienta
un ginete se vislumbra
que en negro corcel camina
galopando en las alturas.
Rápido el bridon avanza
vertiendo copos de espuma,
el trueno le precipita
y el relámpago le alumbra.

Y al llegar al combate con los francos, al oir,

Cúbrese el cielo de nubes,
el mundo en furores arde,
Cárlo-Magno en sobresaltos,
y Vasconia en tempestades.

Y más abajo, despues de decir que los vascones son pocos en número, pero que para lograr el triunfo

Armas les prestan los riscos,
aliento su sed de sangre,
la libertad osadía,
y decision el corage.

Y la imprecacion final á Cárlo-Magno en la que para convencerle de que debe huir, le dice:

Arista, el Rey de Vasconia,
el que no tiene rivales,

el que no cuenta enemigos,
te sigue, te vá al alcance.....
Roldan ha muerto, Oliveros
cayó tambien con tus pares,
¡la fuga es la única puerta
Cárlos que puede salvarte!

Entónces me levanté y abracé al poeta, al verdadero poeta que con tal altura alzaba su vuelo en las regiones del arte. ¿Necesitaré seguir copiando versos para demostrarlo?

Como se deja percibir hasta en lo poco del Roncesvalles aquí trascrito, el Sr. Olóriz excediendo en mucho con sus romances á los que en el romancero tratan este asunto, se aparta tambien completamente de cuanto en ellos se afirma sobre la derrota de los Franceses: el Sr. Olóriz no hace figurar para nada á Bernardo del Carpio, ni á los Burgaleses, podrán estos en nombre de la tradicion quejarse, (1) pero es lo cierto que Bernardo del Carpio, segun la Historia debia tener doce años cuando la famosa derrota mencionada, y no es lo más lógico que asistiese á ella, así como tampoco sus castellanos, pues la batalla, en el mero hecho de darse en el Pirineo demuestra, que gentes del país y no de tierras relativamente lejanas, debieron empeñarla. Sea lo que quiera, en puntos dudosos creo que debe sostenerse siempre la independencia del poeta, y más cuando este no se opone á que hubiera diferentes caudillos en aquel hecho de armas, sino que hace protagonista de su narracion al Rey Iñigo Arista que consta y es indudable que se halló en él.

Pasando ahora á juzgar en globo el Roncesvalles, diré que tiene defectos, pero ménos en la forma que en el fondo; el mayor acaso es de conjunto, ó mejor dicho, de concepcion general, pues no obedece á un plan preconcabido y meditado; el poeta marchaba aún á tientas y harto hacía en lanzar, digámoslo así, tan felices rasgos de inspiracion y con expresion tan sóbria y de buen gusto.

---

(1) La tradicion vasca no dice nada de Bernardo del Carpio. Véase el bello canto de guerra. «Altabizarem cantúa,» traducido é inserto por el Sr. D. Modesto Lafuente en su Historia de España.

No sucede así con el titulado Olant segundo de la coleccion: advertido ya de su falta, la remedia al punto y concibe un pequeño poema sencillo como el género lo requeria, pero noble, heróico y profundamente conmovedor. Jimena, la hermosa hija del Valle del Roncal, ama al valeroso Iñigo, éste la deja para perseguir como buen cazador las fieras de los montes, y los soldados de Abderramen que intentan hacer á Navarra suya, le dan muerte en la selva. Jimena le espera en vano, sabe al fin su muerte desastrosa, y el dolor lacera su alma ¿pero seguirá deshaciéndose en quejas estériles? Veamos:

No con olorosas flores
está adornada Jimena,
porque muertas las del alma
toda flor le dá tristeza.
Vestida se halla de negro
como cuadra á su dolencia,
y empuñando agudo dardo
como quien vá en son de guerra.
. . . . . .
Pero vedla, allí aparece
cabalgando en su hacanea
ardiente cual sus suspiros,
cual su pesadumbre negra.
. . . . . .
Y llegándose á la plaza
donde la Villa está en fiesta,
dice á la asombrada gente
con voz triste, pero entera:
Hora es ya de que troquemos
la diversion por la guerra,
hora es de empuñar las armas
enmudeciendo las lenguas.

Jimena ha jurado vengarse, arenga á sus compatriotas, éstos llenos de ardimiento la siguen, buscan las huestes de Abderramen, trábase la pelea.

Esforzados son los moros,
bien luce el hierro en sus trajes,
sus contrarios ván sin hierro,
¡pero son de Roncesvalles!
. . . . . .

¡No hay pues que temer! Pelearán hasta exalar el último suspiro, y cuando se lucha resuelto á morir, es segura la victoria: además Jimena, la heróica y desgraciada Jimena, combate á su lado, los llama, los excita, es la primera en descender del monte para acuchillar á los moros que ya vacilan: y ante tan alto ejemplo,

Todos la siguen, y todos
tiemblan al pisar el cerro,
¡los navarros. . . . de corage,!
¡los cordobeses. . . . de miedo!

La derrota de los cordobeses se hace por fin segura, Abderramen la contempla lleno de ira, pero tiene que ceder y buscar su salvacion en la fuga: un rio detiene su paso. ¡Terrible contrariedad para el vencido Monarca, pero más terrible aún porque Jimena le persigue! Lánzase el moro á las aguas, pero en el mismo instante,

Ella con nerviosa diestra
despide mortal acero.

Y herido de muerte, se hunde el Monarca en el rio, y

Bastaron seis piés de limo
á quien despreciaba un reino.

¡Jimena está ya vengada! Pero la alegría no volverá nunca á su corazon, huye de sus amigos á quienes ha dado la victoria, arroja al rio sus vencedoras armas, precipita á su corcel por los empinados riscos de los montes, y desaparece al fin entre la compacta sombra de la selva. Sus deudos la llaman, pero no escucha sus voces; el Valle que la vió nacer, la reclama como su mejor ornato, pero ella le abandona. ¿A dónde vá? ¿Qué cumple hacer á los suyos ante su huida? El autor responde por ella en los siguientes inspirados versos:

Montañeses de Navarra,
los que visteis su heroísmo,
tornad á vuestros hogares
entre luto y regocijo.

Dejad la sangrienta maza,
volved el puñal al cinto,
y por los himnos de amores,
trocad los guerreros himnos.
¡Pero allá cuando en la noche
se oiga del viento el gemido,
y el cano, helador invierno
páre el curso de los rios.....
pensad que están bajo de ellos
los monarcas enemigos,
y Jimena... está llorando
en la tumba de su Iñigo!

Por estos sublimes y últimos rasgos podrá comprender el lector la sencillez y grandeza del poema Olant. El Sr. Olóriz toca en él todas las fibras del heroísmo y del sentimiento, y con una expresion llena de calor y de movimiento, con una forma verdaderamente intachable, produce honda impresion en el ánimo, y demuestra que en la senda que ha emprendido sabe marchar á pasos de gigante.

No tan concreto en su concepcion, pero sí tan felíz en inspirados conceptos y casi más puro si cabe en la forma que los dos romances anteriores, es el último de este libro intitulado «Pamplona.» Hay sobre todo en él una situacion terrible y conmovedora, una situacion en que se pinta con tan vivos colores el heroísmo, que no puedo ménos de llamar sobre ella la atencion de mis lectores.

Pamplona está cercada por la morisma, D. Sancho recibe un mensagero con la nueva fatal, y apréstase á ir en socorro de los sitiados, exclamando:

Resuenen pues los clarines,
tráiganme el negro caballo,
el que gané en Roncesvalles,
el que perdió Cárlo-Magno.
El que el honor despedaza
del moro, bajo sus cascos,
pues tiene en sus herraduras
metal de un cetro africano.

Pero es en lo crudo de el invierno: D. Sancho y los suyos tienen que trasponer altísimos montes cubiertos de nieve, tienen que

atravesar prolongados desfiladeros, llenos quizá de profundos abismos engañosamente cubiertos por los compactos copos, y esto en medio de las sombras de la noche, cuando no puede señalarles camino ni el vacilante y tibio fulgor de las estrellas, cuando el helado huracan azota el rostro y convierte en fría lluvia el aliento, y empuja quizá á la terrible avalancha arrastrándola al abismo en tremendas sacudidas. Así sucede en efecto; la avalancha se agita, se mueve, empieza á descender, el autor comprende la terrible situacion de aquella exigua hueste que vá á ser aplastada por el alud, vuélvese hácia su temerario caudillo, le llama con gritos de dolor, le dice:

Huye!. . . las vecinas rocas
te ampararán; mas. . . ¿qué esclamas?
¡que huir es voz extrangera
que nadie entiende en Navarra!
¡Ah! qué intentas? ¡esperarlo!
si á su choque el roble salta
como saltan las astillas
al rudo golpe del hacha!
¡Teme su empuje violento,
que es por lo fatál borrasca,
por el són mar despeñado
y exhalacion por lo ráuda!...
Sí, ya viene! hácia tí rueda!...
no es el laud el que baja
¡es todo el monte abrumado
por el peso de tu fama!...

Elocuente es el rasgo final de esta imprecacion, pero no mueve la firmeza del heróico Rey; precipítase en fin el alud sobre los soldados, la mayor parte mueren envueltos en su helada mortaja. D. Sancho queda casi sólo, llora quizá por sus valientes, pero sin vacilar ni un punto, vuélvese á los pocos que respetó la desgracia, y grita:

¡Montañeses! si os dá espanto
lo terrible de la hazaña,
matad á quien os arriesga
por el honor de la pátria.

Los intrépitos montañeses le aclaman y le siguen, pocos

son los que llegarán á socorrer á Pamplona, pero su heroísmo los agiganta y

¡Quien vence á los elementos
puede humillar una raza!

Despues de esta heróica situacion todo cuanto añadiera sería pálido: D. Sancho y los suyos vuelan en socorro de la Ciudad, y cuando ya los sitiados haciendo una salida, habian empeñado tremenda lid con los sitiadores, cuando abrumados por el número ván á sucumbir, cuando los moros lanzan sobre ellos sus ligeros corceles para producir la dispersion, entra el valiente Rey en la lucha seguida de su hueste y

¡Como el leon se revuelve
rayo haciendo de su espada!
No hay resistencia á su empuje,
no hay contra su acero adarga,
caen á su paso vencidas
las banderas africanas;
y hollando las medias lunas
su corcel sobre ellas marcha
¡que bien puede hollar banderas
quien lleva un cetro en las plantas!
Al verle los suyos luchan
con invencible pujanza;
él grita: ¡adelante! y ellos
hieren, postran, rinden, matan!
Y los altivos alarbes
que en la fiebre de su audacia
que era poco el ancho mundo
para su valor juzgaban;
Ya impelidos por el miedo,
que es abrumadora carga,
tiran sus fuertes broqueles,
en tierra arrojan sus armas,
Por correr más se atropellan
y gritando: ¡Alá nos valga!
chocan entre sí; derribán
los del centro á la vanguardia,
Los medrosos á los débiles.
á los más fuertes las masas,
á las masas los caballos,
y á los caballos. . . ¡Navarra!...

Me he estendido demasiado y no es bien que canse más la paciencia del lector; lo citado basta y sobra para que se comprenda el mérito de las composiciones que de todo corazon aplaudo, y con todas mis fuerzas recomiendo al público; quizá he sido demasiado prolijo en mis citas, pero tal es la belleza de los romances del Sr. Olóriz, que la pluma se siente arrastrada, y parece que nada se ha citado si no se cita y se trascribe todo; podrá haber quien me tache de apasionado; pero responda por mí á los ojos de los inteligentes el mérito de la obra, y díganme si no es digna del mayor elogio la que encierra tanta inspiracion en una época de positivismo de ideas y alambicacion de vulgares conceptos, y tantos versos de pura y correcta forma en una época tambien en que el romance es cultivado por muy pocos con su propia y clásica estructura. (1)

(1) Entiendo aquí por clásica, la manera de hacer, como se dice hoy dia, de nuestros autores del siglo XVII.

RONCESVALLES.

RONCESVALLES.

I.

En el erguido Altoviscar,
En ese monte soberbio,
Un sordo rumor se escucha
Repetido por cien ecos.

En las ásperas vertientes
Del Pirene gigantesco
Se vén gentes de combate,
Guerreros.... y más guerreros.

Y se vén nubes de polvo
Subir hasta el firmamento,
Y de las bruñidas armas
Innumerables reflejos.

Vascones! los francos pisan
Como amigos vuestro suelo,
Plegue á Dios no os traiga males
La amistad del extranjero.

La luna muda cien veces,
Cien veces varía el cielo,
Y si luna y cielo cambian,
Qué mucho lo haga un afecto....?

Oh!... despierta pátria mia
De tu letárgico sueño,
Mañana, será ya tarde,
Será tarde y hoy es tiempo.

Despierta, oh pátria! despierta,
Y hecha un volcan, un incendio,
Abrasa y destruye á Cárlos
Que va á encadenar tu cuello.

Si mueres en la pelea
Con dignidad habrás muerto,
¡Pero no vivas esclava
Tú, que no tuviste dueño!

Así esclamaba un anciano,
Extraño contraste haciendo
Con el rayo de sus ojos
La nieve de sus cabellos.

Mientras hácia el campo franco
Un sin número de cuervos
Vuela, turbando el reposo
Con graznidos agoreros.

II.

Con los brazos sobre el pecho
Fija en tierra la mirada,
La amargura en el semblante
Y en el corazon la rabia;

Entre las dispersas ruinas
Que ayer gigantes murallas,
Eran miedo del contrario,
El Rey D. Iñigo marcha.

De su corazon, la furia
Sordos gemidos arranca,
Y en el mirar de sus ojos
Irsele parece el alma.

La luna reina en el cielo,
El silencio en las montañas,
Y en el corazon de Arista,
El deseo de venganza.

Mudo es su afán, mas tormentas
Anuncia quizá tan bravas,
Como aquellas que las olas
Contra los cielos levantan.

Muerte dicen los rugidos
Que de su pecho se escapan;
Y su rostro dice muerte
Lo mismo que su mirada.

Por fin lleno de corage
Hácia Pamplona levanta
Los ojos el Rey, y dice
Con voz ronca estas palabras:

«No viertas llanto Pamplona
Por estar desmurallada,
Yo te háré muros más fuertes
Con los hierros de mis lanzas.

No temas á Cárlo-Magno,
No te aterren sus hazañas,
Que si con aleves artes
Presumió rendirte esclava;

Cuando á las voces de guerra
Se estremezcan las montañas,
Y le aterre al Pirineo
El fragor de la batalla;

Cuando en lugar de vilezas
Decision y fuerzas valgan,
El mundo verá quien vence,
Si la Vasconia ó la Francia.

Dijo, montó en su caballo,
Le hostigó, rompió la marcha,
Y en presurosa carrera
Se internó por las montañas.

III.

A la sombra de una encina
Y sobre el tronco de un árbol
El buen Rey Iñigo Arista
Sentóse reflexionando.

Su venerable cabeza
Apoya en entrambas manos,
De su cinto pende un hacha,
Y una injuria de sus lábios.

A sus piés está su perro,
Más distante su caballo,
Su pensamiento.... ¿quién sabe?...
El alma no llena espacio.

Augusto Rey, qué te aqueja?
Jamás suspiraste tanto,
Y son fuego tus suspiros,
Y tus miradas son rayos.

Qué intenso dolor te aflige!
Qué pesar te está agobiando
A tí el noble entre los nobles,
A tí el bravo entre los bravos.

Mucho miras á Ibañeta,
Guay si alguno te ha agraviado,
Que si hay palabras que abruman,
Hay silencio que da espanto.

La tempestad de tu pecho
Tus ojos la están mostrando
Y hasta los colores huyen
De tu semblante aterrados.

¡Rey Arista, Rey Arista,
Bajo Ibañeta hay contrarios,
Peñascos sobre Ibañeta,
Y la muerte en los peñascos!

Si el viento precipitara
Esas rocas.... ¡Oh! qué estrago...
Aludes de piedra fueran
Y sepulcro de los francos.

Sierpe de bruñido acero
En terreno tan quebrado
Vendrá á ser la hueste inmensa
Que acaudilla Cárlo-Magno.

Todo en ella es alegria,
Todo gozo y entusiasmo;
Porque ¿quién vuelve á la pátria,
Sin que se le alegre el ánimo?

¿Y tú, Cárlo-Magno, ¿juzgas
Que no se venga el agravio?...
¡Tras el crímen va la pena,
Tras el oriente el ocaso!

IV.

Desabrida está la noche,
Cae á torrentes la lluvia,
Todo es tinieblas, y el viento
Desencadenado zumba.

Del oleage encrespado
El bosque imita la furia,
Y en las cavernas del monte
El lobo aterrado ahulla.

Del rayo á la luz sangrienta
Un ginete se vislumbra,
Que en negro corcel camina
Galopando en las alturas;

Rápido el bridon avanza
Vertiendo copos de espuma,
El trueno le precipita,
Y el relámpago le alumbra.

¿A dónde vá el caballero
En medio la noche oscura?
¿Qué anhelo ardiente le guía?
¿Qué fuerza estraña le impulsa?

Tal vez presa de un delirio,
Si no corre á la ventura,
Odio tomó á la existencia
Y vá de la muerte en busca.

Pero nó; vedle en el bosque,
Pára su corcel, modula
Un grito, y otro contéstale
Que pavoroso retumba:

Varios mancebos entónces
Salen de entre la espesura,
Y al llegar dó está el ginete
Con respeto le saludan.

Sigue tras esto una pausa,
Nadie el silencio perturba,
Hasta que habla el caballero
Diciendo así con voz ruda:

—Bien sabeis que Cárlo-Magno
Tiró los muros de Iruña,
Y que no puede Vasconia
Vivir deshonrada nunca;

Porque ha humillado á otros pueblos,
Que ha de esclavizarnos jura,
Y yo tambien he jurado
Por mi nombre, abrir su tumba.

¡Vascones, en las montañas
Gritos bélicos se escuchan
Y amedrentados los ecos
Van repitiendo la injuria!

Inviolado Pirineo,
¿Vendrá tu cerviz augusta
A encadenar Cárlo-Magno
Y á encadenarla sin lucha?

¡No tendréis selva ni choza
A sus miradas oculta,
Y hará á vuestros hijos... siervos,
Y á vuestras mugeres... suyas.

No tendréis paz, ni reposo,
Ni libertad, ni ventura,
Porque, quien vive sin honra,
En vano la calma busca!

¡Al arma, pues, los que alienten
Con honor y con bravura;
Al arma cuantos estimen,
En algo ser Euskauldunacs!

¡Altoviscar os espera,
La justicia os presta ayuda,
Mostrad, pues, que sois vascones...
Y que no sufrís injurias!—

Calla el Rey, porque es Arista
Quien tales frases pronuncia,
Y á una voz responden todos
Que están ansiosos de lucha;

Luego el grupo se disuelve,
Piérdese entre la espesura,
Y por la noble Vasconia
Gritos de muerte se escuchan.

V.

Trina el ruiseñor, la luna
Solitaria y misteriosa,
Rige su imperio de estrellas,
Que se pierde entre las sombras.

Todo está en calma dormido,
Todo en silencio reposa,
Y Blanca, la pobre niña,
En brazos de su amor llora.

¿Escuchais su voz? Sí, es ella
Que en la noche melancólica
Habla, como hablan sin duda
Los ángeles en la gloria.

Sírvele de regio alcázar
Naturaleza orgullosa,
Y de lámpara la luna,
La primavera de alfombra.

En la nieve de sus manos
Una lágrima se posa,
Como gota de rocío
En pétalos de magnolia;

Su acento es triste, muy triste,
Es cántiga melodiosa,
Que un espíritu en las cuerdas
De un arpa invisible entona.

¡Qué cruel eres dueño mio,
Dice, con la que te adora,
Pues más que su vida aprecias
El laurel de la victoria.

A mí con tu amor bastárame,
Bastárame con sus glorias,
Pero ¡ay triste! á tí mi afecto
Ni te mueve, ni te importa.

—Blanca, replica el mancebo,
Vé que me llama Vasconia,
Vé que al fin la pátria..... es madre
Y ser esclavo deshonra.

—¿Y mi amor? dice la niña
Suspirando temblorosa,
¿Mi amor acaso no es nada?
—Vé que el deber nos convoca.....

—Es verdad; ceder es fuerza,
Aléjate sin demora,
Que pues el deber te llama,
No he de ser yo quien se oponga.

Mas si en la lucha pereces,
¡Plegue á Dios me vuelva loca,
O el dolor mi vida acabe,
O el puñal mi pecho rompa!

—¡Ah! no temas Blanca mia,
Tu amor la vida me abona,
Y pues nuestra es la justicia,
Nuestra será la victoria.

—Bien dices, sí, ya no temo,
Tu fé calma mi zozobra
Y espero volver á verte
Libre y cubierto de gloria.!

—¡Así te quiero bien mio!
¡Así mi pecho te adora
Con varoníl entereza,
No con el alma medrosa!

¡Cuando en la cercana lucha
Su pendon alce Vasconia,
No habrá acero que lo abata
Ni furores que lo rompan!

¿Quién parará en su carrera
Al alud que se desploma,
Al rayo que hiende el aire,
Ni á la mar que se desborda?

¡Los francos nos han vendido,
De nuestra amistad se mofan.....
¡Oh! por cada carcajada
Torrentes de sangre corran!

Hoy esta voz se ha escuchado:
Leones de la Vasconia,
Es menester que se pruebe
Si han muerto todos en Osma;

Mañana en el Altoviscar
Podréis recobrar la honra,
Vil es el que allí no acuda
Y á rescatarla no corra!

—Oh! sí, sin honor no hay vida!
—Será mi ausencia muy corta.
—Lucha y á mis brazos vuelve.
—Tus brazos serán mi gloria.

Dijo y la estrechó en su seno,
Bajó su frente la hermosa,
Él puso en sus rojos lábios
Un beso, y luego una sombra

Vióse salir de la selva,
Y con marcha presurosa
Caminar hasta perderse
Entre las montañas próximas.

VI.

¿Qué espantoso ruido es ese
Que en el Altoviscar nace,
Y semeja al estallido,
Horrible de cien volcanes?

Cúbrese el cielo de nubes,
El mundo en furores arde,
Carlo-Magno en sobresaltos,
Y Vasconia en tempestades.

Las rocas sembrando muertes
Se derrumban formidables,
Y en tremendas sacudidas
El desfiladero barren.

¡Ay de la ambicion de Cárlos!
¡Ay de sus potentes haces,
Que al empuje de Vasconia
Caen envueltas en su sangre!

Para esclavizar á un pueblo
No basta, nó, el ser audáces,
Ni el usar armas vistosas
Para tener almas grandes.

Muy pocos son los vascones,
Pero anhelaban vengarse,
Y sabrán lograr el triunfo,
O morir en el combate.

Armas les prestan los riscos,
Aliento su sed de sangre,
La libertad osadía,
Y decision el corage.

En vano los francos luchan,
Que es su empeño en este trance
De llama que va á extinguirse,
Ráfaga de luz brillante.

Ya el decaimiento empieza,
Ya el temor crece, ya el áspid
De la zozobra en sus pechos
Les cita á fuga cobarde.

Para humillar á Vasconia
Esa es la gente que traes?
¡Cuando los leones rugen
No hay lobo que no se espante!

Cárlos, mal dia te aguarda,
Pues de tu gloria el radiante
Sol, cuya luz llenó el orbe....
Agoniza en Roncesvalles!

Victoria gritan, Victoria,
Tus enemigos triunfantes,
Y á sus voces caes vencido
Aunque te cerquen Roldanes.

¡Huye pronto Carlo-Magno,
Que hay nombres que son fatales,
Y hay ambiciones que matan
Por bastardas ó gigantes!

Arista, el Rey de Vasconia,
El que no tiene rivales,
El que no cuenta enemigos,
Te acosa, te va al alcance....

Roldan ha muerto, Oliveros
Cayó tambien con tus pares,
¡La fuga es la única puerta
Cárlos que puede salvarte!

VII.

La azucena de Andresharo
Está de sangre teñida,
En el cielo hay tempestades,
En el Universo envidia.

Sobre Altoviscar hay muertos,
Sobre los muertos hay iras,
Y sobre el pendon de Francia
Las indomables aristas.

En mal hora Francia vino
A montañas tan altivas,
En las que muerte no dice
Lo que dice la ignominia.

Mal sino trajo á sus huestes,
Mal estaban con la vida,
Cuando al leon despertaron
Del letargo en que yacía.

Vasconia es pátria de libres,
Los libres no se conquistan,
Esto bien lo dice el miedo
Y el estrago de sus filas.

Corre, vuela, Carlo-Magno,
Por el erguido Altoviscar,
Miéntras con letras de sangre
Dejas tu vergüenza escrita.

Las rocas por donde corres,
Tiemblan cuando tú las pisas
Porque temblores de rabia
Son hijos de la mancilla.

Cuidáras saber donde entras
Y no te aconteceria,
Hallar deshonor y muerte
Do hallar creiste honra y vida.

Qué es hoy de tu gente, Cárlos?
En vano tiendes la vista,
Que al que el acero respeta,
La vergüenza le asesina.

Quieres más, rey Carlo-Magno?
De esa hecatombe infinita
Tu fuiste causa, y tú, solo,
Vuelves á Francia con vida.

Vé pues, y á tus francos diles,
Que no sueñen en conquistas,
Que los rayos matan siempre,
Y que hay pueblos que los vibran.

VIII.

El silencio de las tumbas,
Ese silencio que aterra,
Existe en el Andresharo,
Altoviscar é Ibañeta.

Sus moribundos fulgores
La luna envía á la tierra,
Y lo que miran los ojos
Al corazon amedrenta.

Que nó por ser enemigos
Tenemos almas de piedra,
Ni vive nuestro corage
Más que dura la pelea.

Aquel bellísimo prado
Que tapizaba la yerba,
Hoy hirviendo en sangre, al alma
De horror y lágrimas llena.

Se vén millares de muertos
Aplastados por las peñas,
Y armaduras en pedazos,
Y destrozadas banderas:

Se vén desmembrados troncos,
Y cercenadas cabezas,
Todo inmóvil, todo muerto,
Todo espanto de la tierra.

Ay! cuántas madres sin hijos,
Sin amor cuantas doncellas,
Cuanto hermano sin hermano
Por una ambicion se queda.

Esa juventud bizarra,
Esa juventud guerrera,
Que acudia á los combates
Como se acude á una fiesta;

Esos que hubieran tenido
A salirles bien la empresa,
Algo más de nombradía
Por única recompensa;

Los que al Sajon y al Lombardo
Vencieron en la pelea,
Y amedrentaron al mundo
Con su indomable fiereza,

En dónde están? qué se han hecho?
Ninguno de ellos alienta,
Y Carlo-Magno está en salvo
Cuando por él fué la guerra.

¡Oh Cárlos! peor mil veces
Que la más cruel de las fieras,
Si no has llorado tu crímen
Vé á Roncesvalles y..... tiembla!

Allí verás de Vasconia
La inviolable independencia,
Labrada á pesár de Francia
Con la sangre de sus venas.

Allí verás mil espectros
Que te acosan y te cercan,
Y llamándote ¡asesino!
Profundas heridas muestran.

Allí escucharás un eco,
Que recordando tu afrenta
Murmurará en los sepulcros,
Abiertos por tu soberbia:

¡Ay del que ambiciones sueñe
Y á la Vasconia se atreva,
Que habrán de ser otros tantos
Roncesvalles, cada selva!

OLANT.

OLANT.

I.

¿A dónde marchas rey moro?
¿A dónde van tus corceles?
¿No ves que la muerte dejas,
Y vas á dar con la muerte?

Abderramen, vuelve grupas,
Si los de Francia te vencen,
¿Qué esperas de los navarros
Que humillan á los franceses?

Si traspones la montaña,
No la vida, el reino pierdes,
Y se deben á sus pueblos
Mas que á sí propios los reyes.

Vé que Roma la soberbia,
La poderosa, la fuerte,.....
Halló en Osma y Calahorra
Desventuras por laureles.

Que el invicto Carlo-Magno
Dejó en Navarra su hueste,
¡Y donde hubo un Roncesvalles,
Es fácil que vuelva á haberle!....

Que de Córdoba la hermosa
Ya no verás las mugeres,
Ya no verás la Mezquita
Con sus altos minaretes!

Si cruzas el Pirineo,
Desgraciada de tu gente,
Ese reino está maldito
Para el que á su honor se atreve.

Y si á pesar de mis ruegos
Ir sobre Navarra quieres,
Verás si es miedo ó prudencia
Lo que mis consejos mueve.»

Así el buen Zaide aconseja
A Abderramen, que en voz breve
Le replica.... ¡Dios es grande!
¡A Navarra..! ¡Es nuestra suerte!

II.

Dos dias hace que Iñigo
Fué camino de la sierra,
Y otros dos que está llorosa
Su enamorada Jimena.

Miradla allí; en su mirada
Parece que el alma enferma
Dice: ¡suspirad amores,
Que padece vuestra dueña!

Alza los turbados ojos,
Y de pesadumbre llena
Dice la cuitada niña
Que llora males de ausencia:

«Dos dias hace que Iñigo
No me enamora ni alegra,
Y aunque me juraba afecto,
Poco siente, pues me deja.

Quien olvida su cariño
Por correr tras de las fieras,
Y más que de amor se cuida
Del venablo y las saetas;

Quien gusta de oir rugidos
Más que de oir voces tiernas,
Y prefiere á mi semblante
La lobreguez de la selva;

Quien por ir á sus placeres
Mis placeres atropella,
Y goza, ingrato, bebiendo
En la fuente de mis penas;

Quien está ciego á mi llanto,
Quien está sordo á mis quejas,
Quien no muestra en sus acciones
Lo que en sus palabras muestra....

Quien dejándome entre duelos
Va á sitios donde se alegra,
No me quiso, y de quererme
No me dió ni falsas pruebas....

Dulce dueño de mis ojos,
Deja la lid con las fieras,
Y así Dios te dé venturas
Como suspiros me cuestas.

Ven... si las sombras te placen,
Sé yo tan umbría selva,
Que por su follage espeso,
Ni el sol ni el aire penetran:

Tiene en esas soledades
El agua más transparencia,
La rosa mejor fragancia,
Y el ruiseñor más terneza.

Ven.... y escuchemos del ave
La enamorada querella
Que con su dulce armonía
Los sentidos enagena.

Ven!... nos dará el césped lecho,
Aromas la primavera,
La paz del bosque alegria,
Y el amor su dulce néctar.

Mas... ¡ay!.... en vano te llamo,
Que harto me dice tu ausencia,
Que las voces de mi pecho
Al tuyo falso no llegan.»

Dijo y callo la cuitada
Cuanto hermosa Roncalesa,
Por dar término á sus voces
Que no le tiene su pena.

III.

Murió Iñigo, el extrangero
Le asesinó en la montaña,
¡Que lo que el valor no puede
Lo puede siempre la infamia!....

A cazar salió el mancebo,
¡Nunca saliera de caza!
El... perdió en ella la vida,....
Y Jimena... perdió el alma!

Pobre tórtola que gimes,
¿A quién suspiras, ni llamas,
Si ántes de llegar al cielo
Quiebra el aire tus palabras?

¡Ay Jimena! la ventura
Apénas su huella marca,
Miéntras que estan las desdichas
En firme roca talladas.

Pobre niña sin consuelo.....
¿Qué te diré en tu desgracia?
¡Para tan hondos pesares,
Solo en Dios hay esperanza!..

Esto le dijo un anciano,
Y cuando la desgraciada
Se vió sola, de esta suerte
Mostró su amor y sus ánsias:

—Iñigo, luz de mis ojos
¿Porqué la suerte tirana
Quebró la ilusion de un sueño
Refugio de nuestras almas?....

Ah! que fueron nuestros goces,
Y nuestras horas de calma,
Flores que un sol vivifica,
Y el siguiente sol abrasa.

Sin tí, la existencia es muerte,
Tu desgracia es mi desgracia,
Y el tiempo.... una noche eterna,
Eterna!... como mis ánsias.

Ya solo se abren mis lábios
Para expresar lo que te aman,
Y estos tristes ojos mios
Para verter una lágrima.

El son de tus dulces trovas
Ya no alegra mi velada,
Ya ni los ecos percibo
De tu amorosa palabra.

Pero porqué me consumo
En llanto inútil bañada?
Truéquense en ira mis duelos,
Borre el pesár la venganza,

Y asombro del orbe sea
Mi furor, cuando en mi pátria
Despierte mi acento el ódio
Que las medias lunas barra!

Dijo, y entró en la espesura
Solo de fieras poblada,
Que no amedrentan peligros
A quien la muerte no espanta.

IV.

No con olorosas flores
Está adornada Jimena,
Porque muertas las del alma
Toda flor le da tristeza.

Vestida se halla de negro,
Como cuadra á su dolencia,
Y empuñando agudo dardo
Como quien va en son de guerra.

Ya su regalada boca
Desde su fortuna adversa,
De nido que era de amores,
Se ha vuelto cárcel de penas.

Ya ni suspira, ni llora,
Ni de su dolor da cuenta,
Que para tal sufrimiento,
Pequeño alivio es la queja.

Aquel dulce sonrosado
Que sus megillas tuvieran,
Lo borró el llanto, que nunca
Debió amargar su existencia.

Mas á quien muriendo vive....
¿Qué le importa la belleza?
¿Quién da remedios al cuerpo,
Cuando es el alma la enferma?

Pero vedla; allí aparece
Cabalgando en su hacanea,
Ardiente cual sus deseos,
Cual su pesadumbre negra.

A toda rienda galopa
Por entre jaras y peñas,
No la detienen abismos,
Alas sus iras la prestan.

Ya traspone la alta cima,
Ya baja por la agria cuesta,
Ya se la vé como un rayo
Atravesar la pradera;

Y llegándose á la plaza
Donde la villa está en fiesta,
Dice á la asombrada gente
Con voz triste, pero entera:

Hora es ya de que troquemos
La diversion por la guerra,
Hora es de empuñar las armas
Enmudeciendo las lenguas;

Cómo! mientras el contrario
En nuestra frontera reina,
Andais en liviano juego
Sin marchar á la frontera?

Al arma, al arma, navarros,
Que por muy pronto que sea,
Por muy pronto..... será tarde
Para vengar tanta ofensa!

A estas horas el incendio
Devora pueblos y selvas,
¡Sangre de moros lo apague,
Pues moros hacen la afrenta!

Si sois hijos de Navarra,
Armad las inermes diestras,
Que en presencia de enemigos
Dejar el acero es mengua.

Venid, la pátria espirante,
Dios, y el derecho lo ordenan:
¡No es cristiano quien no vengue
Las profanadas iglesias!....

Quédense aquí los que adoren
Más que su honor la existencia,
Más que la pátria la vida,
¡Si hay vida, donde hay cadenas!...

Y sígame quien anhele
Herir la africana enseña,
Y sobre banderas moras
Enclavar nuestra bandera!

Dijo así, y al punto mismo
Burgui cambió de apariencia,
Y en voz de sones alegres
Se oyeron cantos de guerra.

V.

Ese ruido que producen
Los hierros al encontrarse,
Ese es el ruido que brota
De lo profundo del valle.

En él se ve al agareno
Loco y ciego de corage,
Como el leon que despierta
Prisionero en férrea cárcel.

—Viniste lleno de galas
Como quien á zambras sale,
A triunfar vengo, decias,
¡A morir viniste alarbe!

Recuerda lo que te dijo
El valentísimo Zaide,
Zaide.... á quien hoy ven tus ojos
Envuelto en su propia sangre!

Qué te dijo?.. ¡Pero mira
Aquel monte!..... ¡Como barren
Las peñas en fieros tumbos
Tus desgobernadas haces!

Si eres tan diestro y sereno
Que á nada temes ni á nadie,
Y en la lid como en las zambras
Tu esforzado seno late;

Si al sol miras frente á frente
Sin que tus ojos se empañen,
Y eres águila á quien causan
Desprecio las tempestades.....

Piensa en Zaide, vé sin miedo
Temblar á tus capitanes
Y di si su profecía
No está escrita en sus semblantes.

Esto dijo Sarracino,
Y requiriendo su alfange
El Rey va hácia la montaña
Gritando: ¡A mi los leales!

Allí van. Los Roncaleses,
Al verlos, dejan audaces
La cumbre y en la pradera
Como una avalancha caen.

Esforzados son los moros,
Bien luce el hierro en sus trages,
Sus contrarios van sin hierro,
¡Pero son de Roncesvalles!

Al primer choque la tierra
Se enrojece con la sangre,
Y gime ante el duro peso
De tanto y tanto cadáver.

Ya ni peñascos, ni jaras,
Vuelan oprimiendo el aire,
Mas despidiendo centellas
Se encuentran hachas y alfanges.

Vasco, un montañés, que al verlo
Huyen las fieras cobardes,
Con cuatro moros de Córdoba
Sostiene reñido trance.

Herido está y conteniendo
Con su mano vida y sangre,
Al mas audáz atraviesa
Con el duro hierro.... y cae.

Sarracino lucha.... y lucha
Con el valeroso Garde,
El que ha matado á los moros
Mas denodados y audaces.

Tiene los brazos desnudos,
Arma su diestra un alfange,
Y en sus rojos lábios flotan
El sarcasmo y el corage.

Con su lanza juzga el moro
Poner término al combate,
Y dando un salto el navarro
Hiere el corcel del alarbe.

Garde vence, pero huyendo
Viene un escuadron á escape,
Y en un punto vida y gloria
Los ráudos potros deshacen.

Todo es confusion y gritos,
Ya cejan los musulmanes,
Ya se alfombra el ancho suelo
Con los deshechos turbantes.

¿A dónde vas Rey de moros?
¿Huyes quizá del combate?
¿Tú por quien tantos fenecen
Temes morir?.... Ah! cobarde!....

Huyes?... pues qué ¿no recuerdas
Lo que respondiste á Zaide?
Es el destino!.... ¡A Navarra!....
Sí, ¡á Navarra!... ¡Dios es grande!...

VI.

Aun duraba la pelea,
Y aun su abrumador estruendo
Subia del hondo valle
Al fragoso Pirineo.

Rios de sangre corrian
De Olant por el ancho suelo,
Y la tierra palpitaba
Bajo sábanas de muertos.

Todo era horror en el moro,
Todo en el contrario fuego,
Cuando gritaba Jimena
Con acalorado acento:

Navarros, en la batalla
Ni un instante reposemos,
Y hagamos ver al contrario
Lo que va de pueblo á pueblo.

Si es inmensa su osadía,
Nuestro valor es inmenso,
Y si el hierro los defiende,
Nuestra voluntad es hierro.

Si luchan por conquistarnos,
Por la tumba peleemos,
Que allí..... todos son iguales,
Que allí..... ni hay amos ni siervos!

Esto dice, y al ver que huyen,
Marcha en pos de los soberbios,
Con la injuria en el semblante
Y la cólera en el seno.

Todos la siguen, y todos
Tiemblan al pisar el cerro,
¡Los Navarros..... de corage!
¡Los Cordobeses..... de miedo!

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

¿A dónde marchas, Rey moro?
¿A dónde vas, agareno,
Si en cada instante que pasa
Reina la muerte en cien pechos?

¡Corre..... vuela..... no perdones
A tu potro el duro acero,
Ni en salvando la existencia,
Repares en tus guerreros!

Mas si eres fuerte soldado,
En dónde está tu denuedo?
Si invasor, dónde tu hueste?
Y si Rey, dónde tu cetro?

En el cielo tus miradas
Fijas por hallar remedio,
Sin advertir que lo injusto
No se cobija en el cielo.

Tu honor feneció en el valle,
Murió en el valle tu reino,
¡Plegue á tu Dios que no acabe
Tu régia vida en el cerro!

Mas un anchuroso rio
Te impide seguir huyendo,
Y sus aguas turbulentas,
Sus aguas.... te causan miedo.

¿Te paras, temes, vacilas?
¡Lánzate al rio, agareno,
Que ya Jimena te alcanza,
Y si te alcanza, eres muerto!

Ella al corcel pica espuelas,
Y el bruto al sentir el hierro
Segun su rápida marcha,
Hijo parece del viento.

La vé el moro, ella le grita,
Impónele al Rey su acento,
Se turba, lánzase al rio,
Juzgando evitado el riesgo.

Ella con nerviosa diestra
Despide mortal acero,
Y ántes que él diese en las aguas
Carne y vida le ha deshecho!

Aplauden los montañeses,
Y el rio turbio y siniestro
Le espera como á enemigo,
Le aguarda como á extrangero.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Cayó el moro del caballo
Sirvióle el cauce de lecho,
¡Bastaron seis piés de limo
A quien despreciaba un reino!

Dónde viniste...? ¿querías
Del cielo obtener remedio?
¡Oh! no, Rey, lo que es injusto
No puede venir del cielo.

VII.

¿A dónde, á dónde Jimena,
Te lleva el pesár impío,
Con la tristeza en el alma,
Y en los ojos el delirio?

Vuelve.... vuelve....! porqué arrojas
Tus nobles armas al rio,
Y á tu corcel precipitas
Por los empinados riscos?

Pára el corcel, no le hostigues
Jimena hácia esos abismos
Tan profundos... que del dia
Jamás los rayos han visto.

No ves que Roncal te llama?
¿No ves que ante tu peligro
Los Etcheco-Jaunac lloran,
Y tiemblan sus fuertes hijos....?

Mas ay! que ya entre lo oscuro
De los pinares sombríos
Se pierden las negras tintas
De su potro y sus vestidos.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Montañeses de Navarra,
Los que visteis su heroísmo,
Tornad á vuestros hogares
Entre luto y regocijo.

Dejad la sangrienta maza,
Volved el puñal al cinto,
Y por los himnos de amores
Trocad los guerreros himnos.

¡Pero allá cuando en la noche
Se oiga del viento el gemido,
Y el cano, helador invierno
Pare el curso de los rios....

Pensad que estan bajo de ellos
Los monarcas enemigos.....
Y Jimena.... está llorando
En la tumba de su Iñigo!

PAMPLONA.

PAMPLONA.

I.

Porqué?.... porqué de la noche
Turban el grato silencio
Con triste son las campanas,
Con ardiente voz el pueblo?

A la vecina floresta
Pidió amparo el extrangero,
Que el crímen busca las sombras
Y la luz le causa miedo.

Pero al acercarse al muro
De centinelas cubierto,
Alzó rumores la marcha,
Despidió brillo el acero;

Y entre el rumor de los pasos
Se escuchó un grito siniestro,
Que no pudo la prudencia
Contener dentro del pecho.

Por eso notó el escucha
Su aproximacion; por eso
Tocando estan á rebato
Las campanas del concejo;

Por eso hierven las calles
En hidalgos y en pecheros,
Y los gritos de «¡A las armas!»....
Repite medroso el eco.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Ya entre las voces del moro,
Y entre el son del campaneo
Se oye el ruido que producen
Las armas rozando el suelo.

Ya se ve á los pamploneses
Volando acudir al riesgo,
Ya se coronan los muros
De bizarros caballeros.

Allí alzar en son de guerra
Se ve á D. Tristan de Yeso
La enseña de los navarros
Que mece orgulloso el viento.

Y entre la nube de flechas
Que despide el agareno,
Él despreciando el peligro
Le dice con ronco acento:

«Moro: si tienes de fuerte
Lo que tienes de soberbio,
Y eres en la lid de guerra
Como en la de amores diestro;

Si el acero de tu traje
Guarnece entrañas de acero:
Y lo que expresan tus gritos
Lo ratifican tus hechos.....

Ven!... arroja el arco en tierra!...
Desenvaina el frio hierro,
Ven á escribir tus injurias
Con sangre de nuestros pechos.

Asalta los rotos muros,
Muestra en la ascension tu esfuerzo,
Y sepamos lo que vales
Frente á frente y cuerpo á cuerpo.»

Calló D. Tristan; la luna
Por no ver el trance horrendo
Hundió su faz entre nubes,
Llenóse de sombra el cielo,

Perdió la lid su fiereza,
Volvió á la noche el silencio
Y de aquel rudo combate
No se oyó mas el estruendo!

II.

«¡Al arma! ¡al arma! guerreros
De la hueste de D. Sancho,
Que si aqui es todo alegria,
En Pamplona todo es llanto!

Dejad el mullido lecho,
Vestid la malla y el casco
Que en el Roncal perdió el moro
Y en el Pirineo el franco.

No os detengan los amores,
Ved que triunfa el africano
Y pues Navarra sucumbe,
Recordad que sois navarros.»

Así el mensagero dice,
Y al escucharle, D. Sancho
Le grita con voz de trueno
Que impone á los mas osados.

«Buen Nuño: cése tu arenga,
Porque á los pechos honrados
Les precipita la injuria,
Y no has menester de amaños.

Gime duelos con las damas,
No arguyas á mis soldados
Que no aman sino la gloria
Que les cita en los rebatos.

Mira sus rostros; que juzgo
Que no los miraste, anciano,
Cuando no ves la tormenta
Forjada por tus agravios.

Viérase aquí al enemigo
Y tardáran en lanzarlo
Lo que en desnudar la espada
Tardar puede el ágil brazo.

Mas si nos reta en Pamplona
Allí encontrará su daño,
Sin que esos montes de nieve
Pongan valla á nuestro paso.

Resuenen pues los clarines,
Tráiganme el negro caballo,
El que gané en Roncesvalles,
El que perdió Carlo-Magno!

El que el honor despedaza
Del moro bajo sus cascos,
Pues tiene en sus herraduras
Metal de un cetro africano.

Y en trasponiendo los montes
Si el moro es dueño aun del campo,
Hemos de cavar su tumba
En el sitio de su agravio.

Dice así: la lanza pide;
Cíñese coraza y casco,
Y á la ancha plaza desciende
Donde esperan sus soldados.

Ya monta en su negro potro,
Sin corona va el navarro,
¡Mas no quiere otra corona
Que la que lleva el contrario!

Allí va.... nubes de polvo
Le cercan, vivos relámpagos
Despide el brillante acero,
Trueno es la voz de su campo.

Allí va.... sombrío marcha;
Pero al recordar su agravio
Si va entre nubes y truenos,
En sus ojos lleva el rayo!....

III.

Rey D. Sancho!.. Rey D. Sancho!..
¿A dónde el furor te lanza?.....
¡Salvar quieres á Pamplona?.....
¡Si estás matando á Navarra!

Mira: oculta por la noche,
Fatal la sima te aguarda,
Y el resbaladizo hielo
Sobre ella mueve tu planta.

Vuelve.... domina la furia
Que arde en tu pecho, y repara,
Que lo audaz toca al soldado
Y lo prudente al monarca.

Vuelve... vuelve!.. pero es tarde...
Escucha el rumor que avanza,
Ese rumor mas terrible
Que el de turbulentas aguas!

Escucha! la tierra cruge;
Cómo nó?... si es la avalancha
Que en horrendas sacudidas
El cierzo al abismo arrastra!

Tiene del fatal sudario
La blancura; el buho canta!....
¡Oh! ¡Quiera Dios que no sea
El alud vuestra mortaja!

Huye!... las vecinas rocas
Te ampararán; más... ¿qué exclamas?..
¡Que huir es voz extrangera
Que nadie entiende en Navarra!....

¡Ah!... ¿Qué intentas?... esperarlo!
Si á su choque el roble salta,
Como saltan las astillas
Al rudo golpe del hacha!...

¡Teme su empuje violento,
Que es por lo fatal borrasca,
Por el son mar despeñado,
Y exhalacion por lo ráuda!....

Sí... ya viene!... hácia tí rueda!...
No es el alud el que baja,
¡Es todo el monte abrumado
Por el peso de tu fama!

Huye.... la roca se agita
Bajo tu pié, la montaña
Se estremece... más que el riesgo
Tu temeridad espanta!

Ya llega!... crugiendo viene....
Da en la roca... se desgaja
Con estrépito, y sus trozos
Atropellan, hieren, matan!...

Allí va!... cuántos guerreros
Con feroz ímpetu arrastra!...
Ay!... el que fué negro abismo,
Ya es mar de sangre cristiana!...

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

¡Todo es silencio! Y D. Sancho
Con voz que el pesár le arranca,
Dice á los pocos valientes
Que respetó la desgracia:

«Montañeses: si os da espanto
Lo terrible de la hazaña,
¡Matad á quien os arriesga
Por el honor de la pátria!

Mas... ¿Qué dije?... vive el cielo. .
¿Quién sueña en volver?... Palabras
Que deshonran... ¿desde cuándo
Las pronuncia lengua euskara?

Montañeses!... adelante!
No tembleis!... que en la campaña
Quien vence á los elementos
Puede humillar una raza.»

Esto dice el Rey D. Sancho,
Y todos tras él avanzan,
Que no cuidan del peligro
Los que de vengarse tratan.

¡Mirad al Rey! Va pensando
En que aun vive quien le agravia,
Y por eso el que le mira
Ve que es triste su mirada.

Por eso juzgan sus deudos
Que le da temor su audacia
¡Temor!... pero ellos ¿qué saben
De los misterios del alma?...

IV.

Está callada Pamplona,
El firmamento sin luna,
En silencio la campiña,
Y entre sombras las alturas.

Reina esa calma solemne
Que las tormentas anuncia,
Ese imponente silencio
Que es precursor de la lucha.

Hora triste, en que los goces
Del pasado nos abruman....
¡Hora sin nombre,... en que el alma
Se siente llena de angustia!

El de Yeso, el noble anciano,
Murió en la pelea ruda:
¡Jamás hubo tantos duelos
En la Ciudad euskalduna!

Por eso el bronce cristiano
Con eco lúgubre zumba,
Entre el son del ronco parche
Y entre el clamor de la turba.

Por eso los pamploneses
Ansiosos van á la lucha....
¡Van por sangre que humedezca
Del noble Yeso la tumba!

¡Vedlos!... son fuertes cual rocas
De granito; la apostura
Sin ser orgullosa es noble
Y es altiva sin ser ruda.

Llevan erguidas sus frentes,
Sus pechos sin armadura,
Y sus serenas miradas
Dicen que son euskaldunacs.

¡Allí van!... sus cabelleras
Al viento del Norte ondulan,
Y los hierros de sus armas
Con nerviosa diestra empuñan.

Allí van los pamploneses,
Allí van por la espesura,
¡Van por sangre que humedezca
Del noble Yeso la tumba!....

Óyese en el campo moro
Del clarin la voz aguda,
Y la cancion del guerrero,
Y el crugir de su armadura.

De pronto, de los sitiados
El grito de guerra zumba,
Fuerte como el estampido
De la nube en las alturas.

Los ve el moro; sus clarines
Toques de alarma modulan:
Ya el soldado está en su puesto.. ..
¡Ah, cuánta faz se demuda!

Ya se avistan, llegan, chocan....
Y parecen en su furia
Dos leones que se embisten,
Dos aludes que se cruzan,

Dos torrentes que al hallarse
Rugen, saltan, hierven, luchan...
Y hasta el alto firmamento
Arrojan su hirviente espuma!....

V.

Si bien lidia el africano,
Bien el de Pamplona lidia,
Porque ciegos de corage
Ninguno aprecia su vida.

Lanzóle el moro una injuria,
Ella despertó sus iras,
Y estas al tajante acero
Que vierte sangre enemiga.

Luchad... sí!.. luchad... No importa
Para borrar la mancilla
Que sean pocos los buenos,
Si son como los de Arista.

Luchad... y aunque os cierre el paso
Inmenso bosque de picas....
¡Blandid con furor las hachas,
Que el mayor bosque derriban!

¡Oh! Ya tiembla el africano
Pero ya no tiembla de ira,
¡Que los furores acaban
Donde empieza la agonía!

¡Sigue Aizubi!.. Junto al rio
Se halla Jarife el de Bríscar,
El que juró de Pamplona
No la muerte, la ignominia.

Mas... ¿qué te importa su saña?...
¿Qué te importa su osadía,
Ni que su acero haga estragos
En las pamplonesas filas?...

Si él es gigante de cuerpo,
Tú lo eres en bizarría;
Si él es leon... tú eres rayo!...
¡Abrásenle pues tus iras!

Parte Aizubi: ante su empuje
Sus enemigos se agitan,
Quieren detener su marcha,
Es en vano.... abren sus filas....

Le ve el contrario y le espera...
Los dos sus lanzas enristran,
Y aunque sus lanzas son fuertes
Saltan al choque en astillas.

Mas el potro de Jarife
No sufriendo la embestida
Cae.... y al verle el de Pamplona
Desmonta, la adarga tira;

Saca el puñal.... va hácia el moro
Este mañoso lo esquiva,
Gira á un costado, le abraza....
Y al rio se precipita....

Con su puñal el navarro
Hiere en el cuello al de Bríscar,
Y existencia y sangre salen
Revueltas por la ancha herida.

Huye el vigor de su pecho,
De sus ojos huye el dia,
Las aguas le dicen ¡Muerte!....
Le ahoga su sangre misma!....

¡Libre está Aizubi!... mas... ¡Cielos!
¡Quién sus ímpetus domina
É impide que sobre el Arga
Flote su cerviz invicta?

¡Ah! que una zarza le tiene
Más preso cuanto más lidia....
Pero rompe sus cadenas
Con violenta sacudida,

Y en el seno de las aguas
Forceja, lucha, se agita....
Sale á flote... cobra alientos....
Bracea y gana la orilla.

Ya está libre; ya en su potro
Monta y con afán respira:
Tras las ánsias de la muerte
¡Qué dulce es sentir la vida!

Vedlo al frente de los suyos:
El hierro en su diestra brilla,
En sus lábios el corage,
Y en sus ojos la osadía.

Salvar anhela á Pamplona,
Derrotar á la morisma,
Y entre sus nervudos brazos
Ahogar al fiero Califa.

Pero... ¡ved al agareno
Que contra él se precipita!
Hiriendo y matando viene,
Flechas lanza, hierros vibra.

Pocos son los de Pamplona,
Ya el moro cerca sus filas,
Y aunque denodados luchan,
Y aunque fieros acuchillan....

¡Es en vano!... como en vano
Son las rudas sacudidas
De la fiera que sucumbe
Entre mil hierros cautiva.

VI.

Como el mar alborotado
Sus olas hirvientes lanza,
Contra el peñon de granito
Que sus ímpetus contrasta;

Y apenas mueren, renacen;
Mas con tan inútil rabia,
Que una vez y otra le embisten,
Y una vez y otra él rechaza....

Así al ir contra el navarro
Son las turbas musulmanas,
¡Olas que lleva el corage
A estrellarse en la montaña!....

Pero ¡ah!... por más que la peña
Resista la marejada,
Bajo el mar desaparece
Si del mar crecen las aguas;

Y así tambien el euskaro
Con su indómita arrogancia,
Se hundirá al fin del alarbe
Bajo las crecientes masas!

Mirad, mirad como lucha! ...
Mirad cuán fiero batalla!....
A Dios sus ruegos dirige
Y al enemigo sus armas.

Ya á la carrera los moros
Sus ráudos caballos lanzan,
Los cristianos cierran filas,
En tierra apoyan sus lanzas;

Mas antes que el rudo choque
Diera fin á la batalla,
Enmudece el enemigo
Y sus alazanes pára.

Es... que entró en la lid D. Sancho,
Es.... que con ardiente saña,
Como el leon se revuelve
Rayo haciendo de su espada.

No hay resistencia á su empuje.....
No hay contra su acero adarga...,
Caen á su paso vencidas
Las banderas africanas,

Y hollando las medias lunas
Su corcel sobre ellas marcha,
¡Qué bien puede hollar banderas
Quien lleva un cetro en las plantas!

Al verle, los suyos luchan
Con invencible pujanza,
Él grita: ¡Adelante!... y ellos
Hieren, postran, rinden, matan!....

Y los altivos alarbes
Que en la fiebre de su audacia
Que era poco el ancho mundo
Para su valor juzgaban;

Ya impelidos por el miedo,
Que es abrumadora carga,
Tiran sus fuertes broqueles....
En tierra arrojan sus armas....

Por correr más, se atropellan....
Y gritando: ¡Alá nos valga!...
Chocan entre sí, derriban
Los del centro á la vanguardia,

Los medrosos á los débiles,
A los mas fuertes las masas,
A las masas los caballos;
Y á los caballos.... ¡Navarra!...

VII.

Porqué?... porqué de Pamplona
Turban el triste silencio
Con grato són las dulzainas,
Con alegre voz el pueblo?

A la vecina espesura
Pidió amparo el extrangero,
Que el crímen busca las sombras
Y la luz le causa miedo.

Ya de sus ráudos corceles
No se escucha el ronco trueno,
Ya no alzan rumor sus pasos,
Ni ya amenazan sus hierros.

Que si tormentosa nube
Que ennegrece el firmamento
Fué el moro, y Pamplona espacio
De luto y de sombra lleno;

Cuando el Rey vino á Pamplona
El luto y la sombra huyeron,
Que era claro sol D. Sancho,
Si era nube el agareno.

Por eso flores esparce,
Tañe gratos instrumentos,
Y enciende tan vivas luces;
Que de su conjunto bello

Toma el prado nuevas galas,
El Abril matices nuevos,
El ave notas mas dulces,
Y luz mas brillante el cielo.

Por eso hierven las calles
En damas y en caballeros,
Y en ellas como en el muro
Todo es galas y festejos.

Por eso sus hijos gritan
¡Viva D. Sancho!... y por eso,
Que entra el vencedor anuncian
Las campanas del concejo.

Ya entre el viva de las turbas,
Y entre el són del campaneo,
Se oye el ruido que producen
Las armas rozando el suelo.

Ya aparece el Rey D. Sancho
Al frente de sus guerreros,
No cubierto de oro y seda,
Sino de sangre cubierto.

A su lado marcha Aizubi
Llevando con porte fiero
La enseña de los navarros
Que mece orgulloso el viento.

Y subiendo á las almenas
En donde murió el de Yeso,
El victorioso Monarca,
Dice así con ronco acento:

Moro, que entraste en Navarra
Por vencer al Pirineo,
Siendo mas que osado fuerte,
Y mas que fuerte soberbio...

Tú que al carro de tus lauros
Uncir anhelaste al pueblo
Cuyas llanuras alfombran
Los blasones de tu imperio....

Pues ves tu ambicion deshecha,
Pues ves postrado tu esfuerzo,
Dí al orbe su bizarría,
Dile sus preclaros hechos....

Y si á cambiar nuestros usos
Viene un dia el extranjero,
Verá que Navarra sabe
Morir, pero no perderlos.»

Calló D. Sancho; la luna
Por ver su marcial aspecto
Dejó tras de sí las nubes,
Llenóse de luz el cielo;

Y á oirse volvió en Pamplona
De su entusiasmo el estruendo
Entre las notas del bronce,
Y el són de los instrumentos.

LS
O 525r

Olóriz, Hermilio
El romancero de Navarra.

457256

DATE.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED